



H. P. Lovecraft

Los Otros Dioses



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS OTROS DIOSES

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1933
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

LOS OTROS DIOSES

En lo alto de los picos más altos de la tierra habitan los dioses de la tierra, y no permiten que el hombre cuente que los ha contemplado. En otro tiempo habitaron cumbres menores, pero los hombres de las llanuras escalaban siempre las laderas de roca y nieve, empujando a los dioses a montañas cada vez más altas, hasta que ahora sólo queda la última. Cuando abandonaron sus antiguas cumbres, se llevaron consigo todos los signos de sí mismos, excepto una vez, según se dice, cuando dejaron una imagen tallada en la cara de la montaña que llamaron Ngranek.

Pero ahora se han refugiado en la desconocida Kadath, en los fríos páramos que nadie pisa, y se han vuelto severos, pues no tienen un pico más alto al que huir cuando llegan los hombres. Se han vuelto severos, y donde una vez permitieron que los hombres los desplazaran, ahora prohíben que los hombres vengan; o viniendo, que se vayan. Es bueno para los hombres que no conozcan Kadath en el frío desierto; de lo contrario, intentarían escalarla imprudentemente.

A veces, cuando los dioses de la tierra añoran su hogar, visitan en la quietud de la noche las cumbres donde una vez habitaron, y lloran suavemente mientras intentan jugar a la antigua en las laderas recordadas. Los hombres han sentido las lágrimas de los dioses en Thurai, aunque creían que llovía; y han oído los suspiros de los dioses en los quejumbrosos vientos del amanecer de Lerion. Los dioses suelen viajar en naves nubosas, y los sabios tienen leyendas que los alejan de ciertos picos altos por la noche cuando está nublado, pues los dioses ya no son tan indulgentes como antes.

En Ulthar, que se encuentra más allá del río Skai, vivió una vez un anciano ávido de contemplar a los dioses de la tierra; un hombre profundamente erudito en los siete libros crípticos de la tierra, y familiarizado con los Manuscritos Pnakóticos del lejano y helado Lomar. Se llamaba Barzai el Sabio, y los aldeanos cuentan que subió a una montaña la noche del extraño eclipse.

Barzai sabía tanto de los dioses que podía contar sus idas y venidas, y adivinaba tantos de sus secretos que él mismo era considerado medio dios. Fue él quien aconsejó sabiamente a los burgueses de Ulthar cuando aprobaron su notable ley contra la matanza de gatos, y quien dijo por primera vez al joven sacerdote Atal dónde es que van los gatos negros a medianoche en la víspera de San Juan. Barzai era un erudito en el conocimiento de los dioses de la Tierra y había adquirido el deseo de contemplar sus rostros. Creía que su gran conocimiento secreto de los dioses podría protegerle de su ira, así que decidió subir a la cima del alto y rocoso Hatheg-Kla una noche en la que sabía que los dioses estarían allí.

Hatheg-Kla se encuentra en el desierto pedregoso, más allá de Hatheg, que le da nombre, y se eleva como una estatua de roca en un templo silencioso. Alrededor de su cima la niebla juega siempre lúgubrementemente, porque la niebla es el recuerdo de los dioses, y los dioses amaban Hatheg-Kla cuando moraban en ella en los viejos tiempos. A menudo, los dioses de la tierra visitan Hatheg-Kla en sus naves de nubes, arrojando pálidos vapores sobre las laderas mientras danzan rememorando la cumbre bajo una luna clara. Los aldeanos de Hatheg dicen que es malo subir al Hatheg-Kla en cualquier momento, y mortal hacerlo de noche, cuando los pálidos vapores ocultan la cumbre y la luna; pero Barzai no les hizo caso cuando llegó de la vecina Ulthar con el joven sacerdote Atal, que era su discípulo. Atal no era más que el hijo de un posadero, y a veces tenía miedo; pero el padre de Barzai había sido un landgrave que habitaba en un antiguo castillo, por lo que no llevaba la superstición común en la sangre, y sólo se reía de los temerosos cotters.

Barzai y Atal salieron de Hatheg hacia el desierto pedregoso a pesar de las plegarias de los campesinos, y hablaron de los dioses de la tierra junto a sus hogueras por la noche. Viajaron durante muchos días, y desde lejos vieron la elevada Hatheg-Kla con su aureola de lúgubre niebla. El decimotercer día llegaron a la solitaria base de la montaña, y Atal habló de sus temo-

res. Pero Barzai era viejo y erudito y no tenía temores, así que les guió por la pendiente que ningún hombre había escalado desde los tiempos de Sansu, de quien se habla con espanto en los mohosos Manuscritos Pnakóticos.

El camino era rocoso y peligroso, con abismos, precipicios y piedras que caían. Más tarde hizo frío y nevó, y Barzai y Atal resbalaron y cayeron a menudo mientras subían a duras penas con palos y hachas. Finalmente, el aire se enrareció, el cielo cambió de color y a los escaladores les costaba respirar; pero aun así se esforzaron por subir y subir, maravillados por la extrañeza de la escena y emocionándose al pensar en lo que ocurriría en la cumbre cuando saliera la luna y los pálidos vapores se extendieran a su alrededor. Durante tres días subieron más y más hacia el techo del mundo; luego acamparon para esperar a que se nublara la luna.

Durante cuatro noches no hubo nubes, y la luna brilló fríamente a través de la fina y lúgubre niebla que rodeaba el silencioso pináculo. Luego, en la quinta noche, que era la noche de luna llena, Barzai vio unas densas nubes muy al norte, y se quedó despierto con Atal para verlas acercarse. Espesas y majestuosas, navegaban lenta y deliberadamente, rodeando la cima por encima de los observadores y ocultando la luna y la cumbre. Durante una larga hora, los observadores se quedaron mirando, mientras los vapores se arremolinaban y la pantalla de nubes se hacía cada vez más espesa e inquieta. Barzai era un sabio conocedor de los dioses de la tierra y escuchaba con atención ciertos sonidos, pero Atal sentía el frío de los vapores y el temor de la noche, y temía mucho. Y cuando Barzai empezó a subir más alto y a hacer señas con impaciencia, Atal tardó mucho en seguirle.

Tan espesos eran los vapores que el camino era difícil, y aunque Atal lo siguió al fin, apenas pudo ver la forma gris de Barzai en la tenue pendiente, a la luz de la luna nublada. Barzai se adelantó mucho y, a pesar de su edad, parecía trepar con más facilidad que Atal; no temía las pendientes que empezaban a ser demasiado grandes para cualquiera que no fuese un hombre fuerte e intrépido, ni se detenía ante amplios abismos negros que Atal apenas podía saltar. Y así subieron salvajemente por rocas y golfos, resbalando y tropezando, y a veces sobrecogidos por la inmensidad y el horrible silencio de los sombríos pináculos de hielo y las mudas escarpaduras de granito.

De repente, Barzai desapareció de la vista de Atal, escalando un horrible acantilado que parecía sobresalir y bloquear el camino a cualquier escalador

que no estuviera inspirado en los dioses de la tierra. Atal estaba muy abajo, planeando lo que debía hacer cuando llegara al lugar, cuando curiosamente notó que la luz se había hecho más fuerte, como si el pico sin nubes y el lugar de reunión de los dioses a la luz de la luna estuvieran muy cerca. Y mientras avanzaba hacia el abultado acantilado y el cielo iluminado, sintió temores más espantosos que ninguno que hubiera conocido antes. Entonces, a través de la niebla, oyó la voz de Barzai, que gritaba de alegría:

"He oído a los dioses. ¡He oído a los dioses de la Tierra cantar en jolgorio en Hatheg-Kla! ¡Barzai el Profeta conoce las voces de los dioses de la Tierra! Las nieblas se disipan y la luna brilla, y veré a los dioses bailando salvajemente en Hatheg-Kla que amaron en su juventud. La sabiduría de Barzai le ha hecho más grande que los dioses de la tierra, y contra su voluntad sus hechizos y barreras son como nada; ¡Barzai contemplará a los dioses, a los dioses orgullosos, a los dioses secretos, a los dioses de la tierra que desdénan la vista del hombre!".

Atal no podía oír las voces que Barzai oía, pero ahora estaba cerca del abultado acantilado y lo escudriñaba en busca de puntos de apoyo. Entonces oyó la voz de Barzai, cada vez más aguda:

La niebla es muy fina, y la luna proyecta sombras sobre la ladera; las voces de los dioses de la tierra son altas y salvajes, y temen la llegada de Barzai el Sabio, que es más grande que ellos...". La luz de la luna parpadea, mientras los dioses de la tierra danzan contra ella; veré las formas danzantes de los dioses que saltan y aúllan a la luz de la luna. . . La luz es más tenue y los dioses tienen miedo...".

Mientras Barzai gritaba estas cosas, Atal sintió un cambio espectral en todo el aire, como si las leyes de la tierra se doblegaran ante leyes mayores; pues aunque el camino era más empinado que nunca, la senda ascendente se había vuelto ahora temiblemente fácil, y el abultado acantilado resultó apenas un obstáculo cuando lo alcanzó y se deslizó peligrosamente por su cara convexa. La luz de la luna había desaparecido extrañamente, y mientras Atal se precipitaba hacia arriba a través de la niebla, oyó a Barzai el Sabio chillando en las sombras:

"La luna está oscura, y los dioses danzan en la noche; hay terror en el cielo, porque sobre la luna se ha hundido un eclipse no predicho en los libros de los hombres ni de los dioses de la tierra. . . Hay una magia desconocida

en Hatheg-Kla, pues los gritos de los dioses asustados se han convertido en risas, y las laderas de hielo se elevan sin fin hacia los negros cielos a los que me dirijo... ¡Hei! ¡Hei! ¡Por fin! En la tenue luz contemplo a los dioses de la tierra".

Y ahora Atal, deslizándose vertiginosamente por pendientes inconcebibles, oyó en la oscuridad una risa repugnante, mezclada con un grito como ningún otro hombre había oído jamás salvo en el Phlegethon de las pesadillas irrepetibles; un grito en el que reverberaban el horror y la angustia de toda una vida atormentada reunidos en un momento atroz:

"¡Los otros dioses! ¡Los otros dioses! ¡Los dioses de los infiernos exteriores que custodian a los débiles dioses de la tierra! . . . Mira hacia otro lado... Retrocede. . . ¡No veas! ¡No veas! La venganza de los abismos infinitos... Ese maldito, ese maldito pozo... Misericordiosos dioses de la tierra, ¡estoy cayendo al cielo!"

Y mientras Atal cerraba los ojos y se tapaba los oídos e intentaba encorvarse hacia abajo contra el espantoso tirón de alturas desconocidas, resonó en Hatheg-Kla aquel terrible trueno que despertó a los buenos campesinos de las llanuras y a los honrados burgueses de Hatheg, Nir y Ulthar, y les hizo contemplar a través de las nubes aquel extraño eclipse de luna que ningún libro había predicho jamás. Y cuando por fin salió la luna, Atal estaba a salvo en las nieves más bajas de la montaña, sin ver a los dioses de la tierra ni a los otros dioses.

Ahora se cuenta en los mohosos Manuscritos Pnakóticos que Sansu no encontró más que hielo y roca sin palabras cuando escaló Hatheg-Kla en la juventud del mundo. Sin embargo, cuando los hombres de Ulthar, Nir y Hatheg aplastaron sus temores y escalaron de día aquel acechado risco en busca de Barzai el Sabio, encontraron esculpido en la desnuda piedra de la cima un curioso y ciclópeo símbolo de cincuenta codos de ancho, como si la roca hubiera sido hendida por algún titánico cincel. Y el símbolo era semejante a uno que los hombres eruditos han discernido en aquellas espantosas partes de los Manuscritos Pnakóticos que eran demasiado antiguas para ser leídas. Lo encontraron.

Nunca encontraron a Barzai el Sabio, ni pudieron persuadir al santo sacerdote Atal de que rezara por el descanso de su alma. Además, hasta el día de hoy, los habitantes de Ulthar, Nir y Hatheg temen los eclipses y rezan

por la noche, cuando los pálidos vapores ocultan la cima de la montaña y la luna. Y por encima de las nieblas de Hatheg-Kla, los dioses de la tierra bailan a veces rememorando; porque saben que están a salvo, y les encanta venir de la desconocida Kadath en naves de nubes y jugar a la antigua, como hacían cuando la tierra era nueva y los hombres no eran dados a escalar lugares inaccesibles.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB